

LA VIRGEN DE LA MANITO CERRADA

POR ANIEL

El teatro con intención folklórica es una de las maneras de "hacer" un teatro con algunas características nacionales. Recurrir como motivación a las costumbres o la música es parte de un total que vendría a llamarse teatro chileno. García Lorca en Yerma o Bodas de Sangre emplea de una manera más o menos veladas los elementos folklóricos de su país. Lo que da el acento fuertemente nacionalista a esas obras es la trama misma, la penetración psicológica de los personajes. Sin duda es tentador llevar al escenario música, bailes y costumbres del norte del país. Más tentador todavía por cuanto en la zona central no tienen una divulgación muy amplia. Por lo tanto, los trajes, los bailes, tienen efectivamente un carácter espectacular. Y esa es la primera nota que resalta en la obra de Alejandro Sieveking, titulada "La Virgen de la Manito Cerrada", estrenada no hace mucho en el Teatro del Angel.

Sieveking, como autor teatral tiene experiencia en el manejo de los personajes y su diálogo es fluido, salpicado de ironías y chistes. No está en su primera experiencia como autor, y eso se nota en el desarrollo de la obra. Pero en La Virgen de la Manito Cerrada hay dos caracteres bien captados: es el de la madre, Otilia y de la hija, Elizenda. El drama, que a veces se torna en comedia, entre estos dos personajes de la obra, tiene fuerza teatral. En sí, reviste el conflicto necesario y suficiente para una pieza teatral. Junto al personaje de Dominga, perfilado con menos intensidad, recuerda un poco el clima de Tennessee Williams: un pueblo abandonado y un problema de mujeres solas. Tampoco faltan algunos ingredientes sexuales, que en el autor norteamericano son siempre más abultados. En ese sentido, Sieveking ha permanecido fiel al ambiente en que desarrolla la obra, ambiente dominado fuertemente por el sentimiento religioso y la superstición.

Los demás caracteres de la obra parecen más convencionales, especialmente la pareja de "hippies" que nada nuevo aportan.

En la interpretación, Bélgica Castro muestra una vez más su gran capacidad de penetración de los personajes que encarna. Es una abuela que sabe marcar bien las diferencias generacionales. Su voz es dúctil en cada caso.

Maria Canepa, llena de nervio, de resentimiento, en el papel de la hija que vivió los años difíciles y sacrificados de la pobreza. Tiene la desenvoltura escénica que le dan sus muchos años de experiencia teatral y naturalmente también su talento. Junto a Bélgica Castro son las dos figuras cuya actuación destaca en esta obra. Los demás actores se debaten un poco en medio del convencionalismo. Lucho Barahona, que sin duda tiene muchas condiciones, se está repitiendo en sus gestos, en sus inflexiones de voz. De un papel a otro no basta un cambio de traje. El tiene sensibilidad para una mejor interpretación.

Hay que hacer una mención aparte del vestuario de Sergio Zapata, que reviste la obra de grandes efectos visuales. Es uno de los aciertos de La Virgen de La Manito Cerrada.

La música es de Luis Advis, la coreografía de Margot Lopez y Osvaldo Cádiz.